

# *La cultura de los museos en el futuro próximo*

David Fernández, S.J.\*



Quien les habla no es un profesional de los museos, ni siquiera un aficionado consuetudinario. Es, sin embargo, un enamorado de la cultura y de la comunidad. En tal calidad expondré a continuación algunas ideas sobre la cultura de los museos en el futuro próximo, y acerca del papel que pueden jugar en el afianzamiento de un entorno humanista en los inicios del tercer milenio.

Para iniciar, quisiera afrontar directamente la pregunta sobre el futuro de los museos. ¿Existirán estos en el futuro?, ¿serán útiles todavía?, ¿de qué manera?

No hay duda que nuestra civilización vive hoy una rapidísima revolución multimedia. Un proceso con diferentes instrumentos y desarrollos (la Internet, las computadoras personales, las carreteras de la información, el ciberespacio), que tiene, no obstante, un común denominador. En palabras de Giovanni Sartori: el tele-ver, o el ver a distancia.<sup>1</sup> En efecto, la actual tecnología nos permite verlo todo, sin tener que movernos: desde cualquier lugar del mundo todo lo visible llega a nosotros prácticamente gratis. Hemos pasado ya a una edad multimedia, en donde el nuevo soberano es la computadora y en ella, la imagen a distancia.

La computadora (y con ella la digitalización), no sólo unifica la palabra, el sonido y las imágenes sino que, además introduce entre las realidades “visibles” realidades simuladas y virtuales. La computadora nos muestra imágenes reales e imaginarias. Lo virtual, las simulaciones, amplían las posibilidades de lo real. ¿Significa esto la posibilidad de crear un archivo visual totalmente portátil e interactivo como espacio virtual que haga irrelevante la existencia de los museos como sitios educativos con objetos en exposición? ¿La consulta en

la Internet sustituirá la visita a los museos? ¿Educará de la misma manera?

En este artículo, por cultura entenderemos —junto con Sartori— dos cosas, en su significado antropológico y sociológico es todo aquello que el ser humano ha añadido a la naturaleza (valores, creencias, conceptos, ritos, formas de producción, etc.), lo cual quiere decir que el hombre vive en la esfera de la cultura, inclusive el primitivo o el analfabeto. En este sentido, se habla hoy de la cultura del consumo, de la cultura de la imagen o de una cultura juvenil. Pero también cultura significa “saber”: una persona “culto” es una persona que sabe, que tiene información o que ha hecho buenas lecturas. En esta acepción restringida, podemos hablar de una cultura de la incultura, de atrofia y pobreza cultural y vincularla directamente con la civilización del “tele-ver”.

En efecto, la civilización multimedia, fundamentalmente audiovisual no ha traído, paradójicamente, un desarrollo cultural para nuestras sociedades, sino una creciente atrofia de la capacidad de razonamiento y abstracción. Para Sartori, lo multimedia ha producido procesos de fragmentación, especialización y alejamiento —como sinónimo de alienación—, más que procesos de razonamiento, cercanía y de interpretación holística. En teoría, la Internet debería de producir un crecimiento cultural: quien busca conocimiento en la Internet lo encuentra. Pero ¿cuántas personas utilizan la Internet como instrumento de conocimiento? El problema en la actualidad es que el niño de tres o cuatro años de edad en su proceso de conocimiento se

\* Rector del ITESO.



*Avioncito desplomándose (inmemoriam)*, óleo sobre tela, 200 x 180 cm, 1998.

inicia con la televisión y cuando llega a la Internet, su interés cognoscitivo no está sensibilizado para la abstracción.

Sergio Lepri dice: "Internet es un gran mar donde navegar es apasionante [...] pero un mar que, después de una pequeña travesía de algunos días,

preferimos contemplarlo sin movernos del puerto".<sup>2</sup> Así, como instrumento práctico, como recorrido por nuestros *hobbies* o paseo por el mercado, la Internet tiene un futuro prometedor. Pero como instrumento cultural, de crecimiento de nuestra cultura, le preveo un porvenir más bien modesto.

Los verdaderos estudiosos seguirán leyendo libros, los apasionados de la historia, del arte y las ciencias naturales seguirán visitando zoológicos, museos y bibliotecas. Se servirán, por cierto, de la Internet para completar sus datos, para hacer acopio de amplias bibliografías, para buscar la información que anteriormente se encontraba en los diccionarios, pero no se harán adictos a la red.

Las posibilidades de la Internet son enormes, para bien y para mal. Desgraciadamente, la mayoría de los usuarios no busca información o conocimientos. La pedagogía de lo visual hará que la Internet se pueble de analfabetos culturales que rápidamente olvidarán lo poco que aprendieron en la escuela y, por lo tanto, de analfabetos culturales que matarán su tiempo libre en la Internet, en compañía de quienes comparten sus *hobbies* por la información deportiva, erótica o exótica. En palabras de Clifford Stoll, la computadora se convertirá para ellos en un *terrific way to waste time*, en un espléndido modo de perder el tiempo. No hay nada de malo en esto, pero tampoco nada de bueno.

Navegar en el mundo virtual es estimulante y puede ser muy útil, por ejemplo, para el diseño de formas aerodinámicas o programas de diagnóstico de estructuras. Pero para el común de los mortales la navegación en el ciberespacio es sólo una especie de video juego. Finalmente, el espacio virtual amplía las posibilidades de lo real, pero nunca presentará realidades. Como dice John G. Hanhardt, el museo virtual amenaza con crear un espacio de búsqueda maravillada, pero no activa; un espacio virtual para la aceptación, no para el cuestionamiento.<sup>3</sup>

Esto no quiere decir, por supuesto, que los avances tecnológicos e informáticos puedan y deban aprovecharse para el desarrollo de la cultura museográfica y que se explore —como señala la 5ª resolución de la última Asamblea del Consejo Internacional de Museos (ICOM)—, como un asunto prioritario las posibilidades de uso de la Internet dentro y fuera de los recintos museográficos. Lo que afirmamos es que la red no sustituirá ni acabará con los museos.

Las instituciones hoy no pueden, por ejemplo, rechazar la posibilidad de incluir los medios audiovisuales en sus exposiciones. Además, existe la posibilidad de conectarse con algunos museos del mundo a través de esas redes internacionales de informática. Mediante programas interactivos, muchos visitantes “a distancia” tiene la oportunidad

de organizar su propio recorrido y estar conectados con las obras a través de la imagen.

Pero, a pesar de lo anterior, nunca será posible reproducir la experiencia física del visitante del museo y el contacto con la materialidad de la obra; experiencia fundamental que no se reduce a un momento presencial. El encuentro se compone tanto del momento previo a ir al museo, la visita y el posterior con su recuerdo.

¿Qué funciones tendrán, entonces, los museos del futuro? ¿Cómo habrán de ser?

Sumidos en el ciberespacio, la patria a la que nos debemos desaparece —sea nación o estado. La televisión, los procesos de globalización económica, están homogeneizando los modelos de vida y los gustos en todo el mundo. Y esto, paradójicamente, también revalora lo local, la propia aldea, la cultura regional. Hoy se puede ser igual en estilos de vida, gustos, ambiciones, y a la vez estar fragmentados y valorar la propia tradición y riqueza cultural. La homogeneización, incluso, podría acentuar el conflicto en nuestras aldeas.

Dos funciones, al menos, serán necesarias para los museos del futuro: salvaguardar el patrimonio cultural particular de la aldea a la que pertenecen para afianzar las identidades locales, al mismo tiempo que educar para la paz, la tolerancia y el respeto a la diferencia y los derechos humanos. Tendrán dos tareas aparentemente contradictorias: afianzar la cultura y la identidad local, y abrirse a otros, para valorarlos y convivir con ellos. Se trata de generar y fortalecer identidades que sepan abrirse sin desaparecer.

Para ilustrar un poco más estas ideas, voy a ser políticamente incorrecto. La narración que sigue pertenece al Viejo Antonio, el alter ego indio del subcomandante Marcos:

Cuentan los viejos más viejos de los nuestros, que los más primeros dioses, los que nacieron el mundo, repartieron la memoria entre los hombres y mujeres que caminaban el mundo. Buena es la memoria —dijeron y se dijeron los más grandes dioses— porque ella es el espejo que ayuda a entender el presente y que promete el futuro.

Con una jícara hicieron los más primeros dioses la medida para repartir la memoria y fueron pasando todos los hombres y mujeres a recibir su medida de memoria. Pero resulta que unos hombres y mujeres eran más grandes que otros y entonces la medida de memoria no se veía igual en todos. Los más pequeños la brillaban más plena y en los más grandes se



*La gárgola*, óleo sobre tela, 45 x 50 cm, 1997.

opacaba. Por eso dicen que dicen que la memoria es más grande y fuerte en los pequeños y es más difícil de encontrar en los poderosos. Por eso dicen también que los hombres y mujeres se van haciendo cada vez más pequeños cuando envejecen. Dicen que es para que brille más la memoria. Dicen que ese es el trabajo de los más viejos de los viejos: hacer grande la memoria.

Y dicen también que la dignidad no es más que la memoria que vive.<sup>4</sup>

Los museos son, pues, instituciones que guardan la memoria, sobre todo la de los más pequeños. Son además instituciones que transmiten la riqueza cultural de una sociedad a las generaciones futuras. Al hacerlo, comunican también la dignidad y la fortalecen. Sin embargo, al entregar a las generaciones futuras el mundo y la cultura tal como pensamos que es, hemos de entregar también sus múltiples posibilidades: abarcar, aunque sea por contraste, su reverso y sus alternativas. Fomentar también, así sea marginalmente, la insatisfacción creadora desde una responsabilidad fundamental frente a lo dado.

Por esto mismo, el museo es, por naturaleza, una institución democratizadora. No sólo porque los museos tengan que ser didácticos o educativos —lo que quiere decir ser asequibles a muchos, a todos en realidad (lo que constituye, en última instancia, una poderosa idea democrática)—, pero también porque nos abren a la diversidad. Así, la función educativa de un museo es también una función intrínsecamente democratizadora.

Los museos contemporáneos —aun los más interactivos— continúan seleccionando, preservando y exponiendo su acervo. Sólo pueden cumplir

con su función social primordial si son capaces de encontrar a cada momento las formas adecuadas para que su patrimonio objetual se mantenga vivo y renueve el diálogo con los individuos y la sociedad que los ha acumulado.

En relación con los niños, en particular y según la teoría de Piaget, los museos habrían de favorecer la creación de relaciones entre objetos y eventos; posibilitar la invención de problemas y la búsqueda de soluciones y desarrollar la creatividad y el pensamiento divergente.

Así, el museo puede ampliar su tarea educativa democratizadora al ser preservador e innovador de cultura y creador de entornos que promueven el aprendizaje.

Algunas otras ideas que quisiera compartir con ustedes a propósito de esta idea museológica tienen que ver con los conceptos centrales que maneja la teoría de los museos.

El patrimonio museográfico, por ejemplo, ha de ser concebido como un espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos, no como algo abstracto o fijo en el tiempo. En él no sólo hay objetos del pasado sino elementos en pleno proceso de cambio en los que conviven lo nuevo y lo viejo, lo vivo y lo muerto, lo culto, lo popular y lo masivo, etcétera.

El patrimonio es una amplia gama de saberes acumulados, en permanente construcción, y que constituye al mismo tiempo una manifestación y un derecho social. La difusión del patrimonio pasa a ser casi una condición para su conservación. Sólo podremos cuidar aquello que reconocemos como nuestro. Dujovne dice que en la medida en que una comunidad asuma como propio el patrimonio, cuanto mayor intervención tenga en su gestión, tanto mayor será la posibilidad de que constituya un patrimonio vivo y cuidado.

Según el ICOM, el museo es

una institución permanente, sin fines de lucro, al servicio de la sociedad y su desarrollo, abierta al público, que realiza investigaciones concernientes a los testimonios materiales del hombre y su entorno, los adquiere, los conserva, los comunica y principalmente los exhibe con fines de estudio, educación y deleite.<sup>5</sup>

Como dice Sola que un museo que se ocupa solamente del pasado sin vincularlo con el presente merecería entonces el apelativo de cementerio.

El museo es también un lugar de comunicación. Es, incluso, el medio de comunicación más

viejo del mundo. En situación de comunicar, el museo se presenta como un texto abierto en espera de múltiples lecturas y respuestas. Un texto cuya finalidad es comunicar el patrimonio.

Otra de las funciones de los museos en tanto que archivos de culturas materializadas es dilucidar el papel que juegan los objetos preservados en la identidad del grupo social. En este sentido, es importante reiterar que los objetos son la materialización de ideas, conceptos, del alma intangible y los sentimientos de un individuo o grupo social.

Un rasgo de la cultura posmoderna es que ha puesto en duda los discursos institucionales, entre ellos, el de los museos. Para recuperar algo de esta credibilidad perdida, quizá sea necesario —sin caer en la tentación del “espectáculo”— admitir al seno de los museos una diversidad de públicos y de miradas. Acompañar, así, los nuevos modos de pensar un país, ya no como un todo homogéneo y monolítico, sino como un mosaico plural y heterogéneo, resultado de la articulación de los diversos pueblos y grupos que lo integran, con sus identidades originarias y con sus diferencias. No quiere decir esto que los museos no sigan siendo importantes en la conformación de la identidad nacional. Más bien estamos planteando la pregunta acerca del “cómo hacerlo”: desde una revisión del concepto de nación, y a partir de una mirada crítica sobre la sociedad en la que están insertos.

Por ejemplo, los tradicionales museos con colecciones etnológicas, toman en cuenta a los pueblos indios y a los indígenas como meros transmisores de rasgos y esencias culturales (generalmente, mitos), considerándolos exclusivamente como “objetos de estudio” sin tomar en cuenta la posibilidad de trabajar “con” ellos, y de mirar desde sus propios ojos, intentado ahondar en cómo “los otros” se ven así mismos, pero también en cómo esos “otros” nos ven a nosotros y a nuestras interacciones. O bien, han considerado al indio como parte integrante de un “mundo aislado” y autónomo de la sociedad mayor, “cristalizado” en el tiempo e imposibilitado de producir por sí mismo alternativas de “progreso”, legitimándose así una situación de profunda desigualdad que encuentra su justificación en la discriminación étnica.

Una propuesta para un mundo democrático, en cambio, intentaría mostrar, entre otras cosas, las maneras en que los pueblos indios se insertan en diversas actividades de nuestra sociedad, como jornaleros, trabajadores migrantes, o en actividades paraeconómicas en la gran urbe; su participación



*Toma de agua*, óleo sobre tela, 25 x 30 cm, 1999.

como ciudadanos, en el servicio militar, la escuela, los sistemas de salud pública, la política, las organizaciones reivindicativas, etc. Difundir, finalmente, la característica multiétnica y plurinacional del Estado mexicano y de nuestra sociedad entera, de la cual los indígenas constituyen una parte importante, siempre oculta, remitida al pasado, y negada en sus diferencias y especificidad.

En síntesis, el conocimiento del pasado es un paso fundamental para generar una actitud de respeto por la diversidad cultural. El conocimiento de las culturas modernas y su significado histórico, social y económico es clave para generar aprecio por lo diverso. Para conjurar la creciente xenofobia en la Alemania contemporánea, por ejemplo, los responsables berlineses de la cultura decidieron poner en contacto a niños y jóvenes con su pasado y con culturas extranjeras, ya que un elemento constitutivo del racismo es la ignorancia que convierte lo desconocido en algo amenazador y, por tanto, susceptible de agresión. Así pues, los museos por sí mismos, pueden educar para la democracia.

Con los museos que hoy se requieren, se trata de generar intencionalmente espacios y experiencias que tiendan a fortalecer los valores de la justicia, la paz, la democracia y los derechos humanos, a favorecer actitudes y prácticas de indagación y cuestionamiento sobre la propia realidad.

Quiero concluir haciéndome eco de la 1a Resolución de la Asamblea General del Consejo Internacional de Museos (ICOM), realizada en Noruega, en julio de 1995. Dice ahí:

Los museos son herramientas fundamentales para el desarrollo individual y colectivo de la conciencia crí-



*Los tenis colgados, óleo sobre tela, 25 x 30 cm, 1999.*

tica, el autoconocimiento, el sentido de la ciudadanía y la identidad comunitaria. Muchos de los museos locales que en todo el mundo realizan actividades innovadoras alrededor de tópicos de la vida comunitaria, y que intentan superar modelos tradicionales yendo más allá de los límites de los espacios de exhibición, son hoy amenazados con cerrar o con recibir menos apoyo de sus gobiernos.<sup>6</sup>

Para enfrentar este grave peligro, es necesario planear a largo plazo el desarrollo de programas y acciones que contribuyan a fortalecer los museos y la museología en distintas regiones, con fundamento en los particulares contextos cultura, social, tecnológico y económico. Es preciso convencer a los gobiernos para que reconozcan y apoyen los museos como mecanismos culturales al servicio de la comunidad, en la revaloración de sus identidades particulares, como herramientas privilegiadas para la administración colectiva de la herencia cultural.

Tomando en cuenta la urgencia de una mayor atención para la conservación del ambiente y que ciertas ideas y creencias son básicas para la existencia humana y la interrelación entre los pueblos, entre estos el medio ambiente, es necesario reco-

nocer que los museos no sólo deben enfocarse a la herencia natural y cultural incluida la protección ambiental sino aceptar como su responsabilidad ética llevar adelante acciones que conserven y mantengan a la sociedad humana en equilibrio con los recursos globales.

Sólo así, los museos podrán tener una contribución definitiva para la cultura humanista del tercer milenio. Habrán logrado conservar el lugar privilegiado que, a lo largo de muchos siglos de historia se han ganado entre nosotros.◆

### Notas

1. Sartori, Giovanni. *La sociedad teledirigida*, Taurus, México, 1998.
2. Lepri, Sergio. "Un futuro per le agenzie di stampa", en *Teléma*, primavera, 1996, citado por Sartori, Giovanni, *Op. cit.*
3. Hanhardt, John. "Reflexiones sobre el museo en la era de la realidad virtual", en *Revista de Occidente*, núm.153, febrero de 1994, p.91.
4. Comunicado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en *La Jornada*, 28 de agosto de 1998, p.18.
5. Consejo Internacional de Museos, ICOM. "Museums and cultural diversity: draft ICOM policy statement", 1997.
6. 1ª Resolución de la Asamblea General del Consejo Internacional de Museos (ICOM), Noruega, julio de 1995.